

L.M.D.D.E.P.:
LA MUERTE DEL DIABLO EN
PIJAMA

Estamos en el siglo XX. Si retrocediéramos un siglo y fuéramos a Londres descubriríamos... ¿Por qué no retrocedemos y lo vemos con nuestros propios ojos?

100 años antes

Una mañana de verano, cuando el sol brilla diez veces más que una linterna, perdón, que un candelabro, estaba Watson en su mecedora favorita leyendo el fabuloso periódico *The Times* (el periódico me paga por hacerles propaganda), mientras que nuestro héroe, el detective Holmes, miraba por la ventana fumando su tan conocida pipa. Holmes se fijó en una joven muchachita vestida de blanco que salía del autobús parado en la esquina de la calle. Vio cómo la muchacha miraba preocupada hacia atrás y, luego, se dirigía a paso rápido hacia el otro extremo de la calle.

- Watson, acércate a la ventana, por favor¹ – dijo Holmes, sin parar de mirar a la joven.

Watson dejó el periódico en la mecedora y fue a la ventana. Holmes se quitó la pipa de la boca y miró a Watson.

- Me apuesto diez libras a que la muchacha de vestido blanco viene a pedirnos ayuda – le dijo Holmes sonriendo.

- Trato hecho.

Los dos se dirigieron a la puerta, esperando la llamada de la chica. El timbre de la puerta sonó. Holmes extendió la mano hacia Watson.

- Mis diez libras, por favor – dijo sonriendo.

- ¿¡Quiere abrir la puerta, señor!? ¡Soy el vecino de la casa de la derecha! – se oyó a través de la puerta. Holmes abrió la puerta y preguntó:

- ¿Qué hay, Henry?

- Pues nada, que el cartero se ha dormido y, por ir más rápido, me ha dejado toda la bolsa de cartas para que las repartiera. ¿Me podrían ayudar? – preguntó Henry.

- En estos momentos no podemos, pero la viuda de la casa de al lado de la panadería le podría ayudar. No le vendría mal hacer un poco de ejercicio – dijo Watson.

¹ Nota de la autora: Todos los diálogos de esta historia serán traducidos del inglés, para que los lectores no tengan que buscar en el diccionario palabras que no comprendan.

Henry les dio las gracias y se fue. En el momento en que Holmes iba a cerrar la puerta, la muchacha apareció gritando:

- ¡Un momento! ¡No cierren la puerta!

- Ya creía yo que me quedaba sin las diez libras – le dijo Holmes en voz baja a Watson.

- Adelante, siéntese – dijo Watson. Holmes se entrometió:

- ¿Quiere una taza de café? – (Perdón, no me acordaba de las costumbres británicas) – ¿Una taza de té?

- Sí, por favor. Disculpen, todavía no me he presentado. Mi nombre es Noelia McNulty – dijo Noelia a punto de llorar. Y siguió hablando – Noelia McNulty hasta ayer por la noche...

- Watson, tráele una taza de té a la señora, por favor. ¿Hasta ayer, por qué?

- Había salido a comprar unas zapatillas para mi marido, – prosiguió Noelia – el jardinero hacía su tarea, el cocinero preparaba la cena mientras las criadas preparaban la mesa.

- Todo tranquilo, ¿no? – preguntó Holmes.

- Todo tranquilo, sí. Hasta que volví de la compra. La puerta de la entrada estaba abierta, todas las luces apagadas y la casa hecha un desastre. Me encontré a las dos criadas atadas a una silla de la cocina, al jardinero atado a la pata de una mesa, una criada golpeada en la cabeza y tirada cerca del armario, al cocinero atado en la silla del dormitorio y... – Noelia se puso a llorar – oí al perro ladrar junto a mi marido, muerto al lado de la chimenea. Encontré un papel al lado de su pecho. Ponía: *La muerte del diablo en pijama*.

- Está bien, vete a casa y tranquilízate, iremos mañana por la mañana – dijo Holmes.

Al día siguiente, como le habían dicho a Noelia, Watson y Holmes acudieron a su casa. Holmes revisó la casa. Sí, como había dicho, nadie había entrado al salón donde, por supuesto, todos sabían que estaba el muerto y se ocultaba la pista que siempre deja el asesino sin poder evitarlo.

Watson abrió el maletín y comprobó si el papel que había junto al muerto tenía huellas dactilares o alguna otra señal.

- Holmes, ven a ver esto – dijo Watson de repente.
- ¿Qué es, Watson?
- Sangre. Pero, ¿no es un poco extraño que tenga sangre cuando estaba situado en el pecho del difunto, si le golpearon en la cabeza? – dijo Watson.
- Analicémosla, así obtendremos alguna pista – propuso Holmes.

Así es, la sangre no era del difunto. Era B negativa. También Watson hizo un informe del tipo de sangre de las personas de esa casa:

<i>Difunto:</i>	<i>A positiva</i>
<i>Noelia:</i>	<i>O</i>
<i>Jardinero:</i>	<i>B negativa</i>
<i>Cocinero:</i>	<i>B negativa</i>
<i>1ª criada:</i>	<i>A negativa</i>
<i>2ª criada:</i>	<i>B negativa</i>
<i>3ª criada:</i>	<i>AB</i>

A los dos días de haber conseguido el informe médico...

- Watson, tenemos un problema. Estamos a jueves y son las diez de la noche. Mucha tarea y poco tiempo – dijo Holmes.

Holmes estaba sentado en el sofá y Watson leía el periódico (¡*The Times*, claro!) en su mecedora. Holmes lanzó una mirada a través de la ventana y dijo:

- Es gracioso, todas las luces de la calle apagadas y, allá a lo lejos, donde se sitúa la casa de Noelia, hay una luz grande y brillante como la del fuego cuando se hace la comida con mucha prisa.

Al día siguiente, Holmes y Watson fueron a casa de Noelia. Interrogaron al jardinero, al cocinero y a una criada. Sólo interrogaron a estos, porque su tipo de sangre era B negativa. Estas fueron sus respuestas:

Jardinero: – Yo estaba en la cocina con otras dos criadas. De repente alguien me puso un trapo en la boca y les dijo a las criadas que si gritaban me mataría. Me ató a la pata de la mesa e hizo lo mismo con las criadas, sólo que las ató a una silla.

Cocinero: – Estaba haciendo la cama y ya me había puesto el pijama cuando oí crujir el suelo. Me pusieron un esparadrapo con cloroformo en la cara, me ataron y ya no recuerdo nada más porque me dormí.

Criada: – Guardaba la ropa de la señora McNulty cuando me pegaron en la cabeza y me caí al suelo. No habré servido de mucha ayuda pero, no recuerdo nada más.

Holmes había visto que en uno de los atizadores que estaban al lado de la chimenea había un trozo de tela negra con un botón negro.

Esa noche Holmes y Watson volvieron a ver la luz brillante y pensaron que era para atraerles, o sea, que lo hacía el asesino. Como eran las doce, se acostaron.

Al día siguiente, cuando Holmes y Watson estaban desayunando, Holmes pegó un grito:

- ¡Ya está! ¡El cocinero! ¡Sólo falta que nos lo cuente!

Los dos se fueron a casa de Noelia y, delante de ella, llamaron al cocinero. Esta fue la explicación del cocinero:

- Yo ya me había puesto el pijama y el señor McNulty me llamó. Tuvimos una discusión sobre el sueldo, me amenazó diciendo que si pedía más dinero me quitaría el trabajo. Yo necesitaba este trabajo y, con lo primero que encontré, le pegué en la cabeza. No me di cuenta que al limpiar el atizador me desgarré el jersey negro y me hice una herida. Luego me puse encima un traje negro que encontré y me tapé la cara. Fue así como golpeé a una de las criadas y até a los demás.

Holmes comentó:

- Me di cuenta de que fue usted por la herida. Antes de curársela escribió la nota manchándola de sangre. Fue fácil descubrirlo.

Siguió hablando el cocinero:

- *La muerte del diablo en pijama* se refería a que el diablo era el muerto y, el que hizo venir la muerte, iba en pijama.

Al final, la luz brillante que divisaban Holmes y Watson, ¿qué era? ¿Una luz del criminal o el alma del difunto?